

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario dio la vuelta a la Puebla de los Ángeles y de allí prosiguió su visita”

p. 125-134

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

[CAPÍTULO XVIII]

De cómo el padre comisario dio la vuelta a la Puebla de los Ángeles y de allí prosiguió su visita

Estando el padre comisario general en Xiuhtepec se le ofreció necesidad muy urgente de volver a la Puebla de los Ángeles con mucha presteza, y determinó de hacer este camino por detrás del volcán, por entre conventos de dominicos y augustinos e ir a salir al nuestro de Xuchimilco, y así aquel mismo día en la tarde, jueves dos de enero de ochenta y seis, salió de Xiuhtepec como a las dos y media, y pasados allí junto unos arroyuelos de muy buena agua, y una fuente muy linda y vistosa de agua maravillosa, y poco después un gran trecho de mal país, por entre unas ciénagas y pantanos y subida y bajada una mala cuesta, y andadas finalmente tres leguas, llegó antes que el sol se pusiese a un pueblo bueno de indios mexicanos y de aquel arzobispado llamado Yauhtepec, donde hay un convento de Santo Domingo. Pasó de largo, y pasado por una puente de piedra un río que corre por junto a las mismas casas, y andada una legua de buen camino y llano, llegó al anocher a otro bonito pueblo y muy fresco, llamado Amatlán, de los mismos indios y arzobispado, por el cual corren muchos arroyos que sacan del río sobredicho, con que los indios riegan sus maizales y platanales. Hacía luna y buen tiempo, y el camino era a propósito, y así pasó el padre comisario adelante, y andada otra legua, en que se pasa por el vado el río sobredicho y algunos arroyuelos, llegó a las ocho de la noche al pueblo de Guaxtepeque. Posó en el convento de Santo Domingo, el cual está acabado, hecho de bóveda de buen edificio, donde descansó aquella noche, aunque no toda, y se le hizo mucha caridad y regalo; en aquel pueblo, que también es de indios mexicanos y de aquel arzobispado, hay un muy afamado hospital en que se curan españoles de toda suerte, porque aunque es tierra muy cálida alcanza muy buenas aguas y aires muy saludables; tienen cargo deste hospital los hermanos de San Hipólito (como ya queda dicho) y hacen en él mucha caridad a nuestros frailes cuando se van a curar.

Viernes tres de enero salió el padre comisario muy de madrugada de Guaxtepeque con un indio por guía, el cual con la grande obscuridad de la noche perdió por dos veces el camino, pero con el favor de Dios le tornó a hallar, y prosiguiendo por él, y andadas dos leguas en que se pasan dos barrancas profundísimas por puentes de piedra, por debajo de las cuales corren dos arroyos, llegó al amanecer a un gran pueblo de los mismos indios y arzobispado llamado Acapixtla, en el cual hay un convento de San

Augustín; pasó de largo sin detenerse, y pasado al salir del pueblo por otra puente de piedra un riachuelo que corre por otra honda barranca, y media legua de allí por un poblucelo pequeño llamado San Gregorio, de los mismos indios y arzobispado, y andada otra legua y media de buen camino, llegó a otro bonito pueblo de los mismos indios y arzobispado, puesto en un alto llamado Ocuituco, donde hay otro convento de padres augustinos. Para entrar en este pueblo se sube una cuesta y en el alto della, junto a las casas, hay una cruz de madera algo alta, puesta y fijada en un pie hecho de cal y canto, de bóveda, con dos puertas en cuyo hueco pueden estar más de quince personas y defenderse del agua y del sol; la cruz entra por un agujero que está en lo alto, y llega hasta el suelo de la bóveda. Allí en aquel pueblo, entre las mismas casas y por las calles, se da mucha mostaza muy alta y viciosa, que es tierra aquella muy fértil y apropiada para esta semilla. A la puerta del patio del convento descansó un rato el padre comisario y luego prosiguió su camino, y andada otra legua en que se pasan dos barrancas y un arroyo que corre por una dellas, llegó a otro pueblo llamado Tetela, de los mismos indios y arzobispado, donde hay otro convento de San Agustín; pasó de largo, y bajada y subida una barranca muy profunda de casi una legua de camino pestilencial y peligroso, por la cual corre un riachuelo de agua muy fría, llegó muy cansado y fatigado a un pueblo pequeño llamado Uayapan, de los mismos indios y arzobispado, donde hay un conventico de Santo Domingo, en el cual moraban dos religiosos aunque a la sazón no había más de uno, el cual no tenía qué dar de comer al padre comisario y a sus compañeros, y eran ya las doce e iban todos muy desmayados, pero proveyó nuestro Señor de unos bagres que los indios de Xiuhtepac, que iban con él hasta Xuchimilco, llevaban, con que todos tomaron refección y cobraron nuevo ánimo y aliento para pasar adelante. Al subir de aquella barranca de Tetela fue tan grande el cansancio, sed y desmayo que dio a uno de los compañeros, que junto con el recio sol que hacía y con ir en ayunas no pudo menearse, sino que se tendió en el suelo casi calmado, sin poder tragar la saliva; llegaron los demás y con un bocado de conserva y un trago de vino que le dieron volvió en sí y pudo pasar adelante y llegar a Huayapan, una legua de Tetela. De allí, en acabando de comer, salió el padre comisario el mismo viernes, y pasada otra mala barranca, y andada menos de media legua, llegó a un poblucito de los mismos indios y arzobispado, visita de nuestro convento de Xuchimilco; pasó de largo, y pasadas otras muchas cuevas y barrancas, que en tiempo de agua no se pasan sin manifiesto peligro, pasó entre ellas una muy profunda y de mal camino, así a la bajada como a la subida, por la cual corre un riachuelo, y pasado otro pueblo, visita también de Xuchimilco, y finalmente bajada otra gran barranca en que se pasan dos



arroyos, llegó antes que el sol se pusiese al pueblo y convento de Xuchimilco, cuatro leguas de Guayapan; cogió a los frailes muy descuidados, los cuales se espantaron de su inopinada llegada, porque le hacían a la sazón en el valle de Toluca, bien lejos de allí; descansó en Xuchimilco aquella noche, que iba muy necesitado, cansado y fatigadísimo. El camino de aquel día va por detrás del volcán de fuego por la banda de medio día, por las laderas de sus faldas, y todos aquellos ríos y arroyos salen al mismo volcán.

Sábado cuatro de enero, ya que amanecía, salió el padre comisario de Xuchimilco, y bajadas las cuestas que están allí junto y pasado un arroyo y después el río de Atrisco, dejando a la mano derecha junto al camino el pueblo de San Juan Tianguizmanalco, dos leguas de Xuchimilco, atravesó la barranca que está cerca de las casas con el arroyo que corre por ella, y pasado más adelante otro arroyo cerca de una estancia donde de camino confesó el *nauatlato* un indio enfermo, llegó a un buen río, el cual pasó por el vado que era ancho, y finalmente, llegó a las once del día a la cibdad y convento de Chulula, cuatro leguas de San Juan Tianguizmanalco y seis de Xuchimilco. Estaban comiendo los frailes, los cuales quedaron admirados de su llegada, y lo mismo hicieron los demás de la comarca, porque todos, como dicho es, pensaban que estaba en el valle de Toluca.

Después de haber comido y descansado un poco, salió el padre comisario de Chulula aquel mismo día ya tarde, y andadas aquellas dos leguas, llegó antes que el sol se pusiese, a la cibdad y convento de la Puebla de los Ángeles, donde se detuvo hasta el lunes siguiente, y aunque llegó indispuesto, predicó el día de los Reyes a los españoles, y entre otras cosas que en aquel convento hizo fue una echar preso al lector que había sido de Tezcuco, por habérsele probado que había incitado y persuadido a los estudiantes que no recibiesen por guardián a fray Alonso Urbano, que ellos mismos habían elegido, como de hecho lo hicieron, como atrás queda dicho.

Martes siete de enero salió de la Puebla tan de madrugada, que antes que fuese de día estaba en el pueblo de Amozoc, tres leguas de allí de buen camino; estaban los indios aguardándole a aquella hora hechos muchos arcos, y junto a ellos algunos fuegos para defenderse del frío que por allí hace, pensando que se había de detener con ellos, pero el padre comisario que llevaba más priesa, habiéndoles agradecido su devoción, pasó adelante camino de Guamantla y por el camino que dicen del monte, al pie de la sierra de Tlaxcalla, llegó al salir del sol a una fuente que llaman de los frailes, o porque ellos la hicieron o descubrieron, o porque en ella se suelen detener a descansar, y es la misma que va encañada a Tepeaca;

el padre comisario no se detuvo en ella, sino pasó de largo, y salido del monte, que es de pinares y encinares, llegó a un pueblo pequeño de indios otomíes, visita de Guamantla, donde descansó un rato; prosiguió después su viaje y llegó antes de comer al mismo pueblo y convento de Guamantla, cinco leguas de Amozoc y ocho de la Puebla; hízosele un recibimiento muy solemne, que es gran pueblo y de indios muy devotos, visitó el convento (del cual y de los indios de aquella presidencia con los de la cabecera queda ya dicho) y detúvose allí aquel día y siguiente.

Llevó el padre comisario aquel día para que le guiase a un fraile lego muy simple del convento de la Puebla, llamado fray Sebastián Aparicio, el cual fue en el siglo hombre de grandísimas fuerzas y de recísima complejión, y dejadas aparte cosas extrañas que hizo en su mocedad para prueba desto, las cuales no se cuentan aquí por evitar prolijidad, por las que entonces siendo fraile en su vejez hacía, se verifica bien lo referido, porque siendo como es de casi noventa años de edad, anda con una carreta de cuatro bueyes sin ayuda ninguna de fraile, español ni indio ni otra persona, acarreando leña y maíz y otras cosas necesarias para el sustento de aquel convento y nunca le hace mal dormir en el campo al sol ni al aire ni al agua, antes éste es su contento y regalo y cuando está en el convento ha de tener la puerta de la celda abierta y ver el cielo desde la cama en que duerme, porque de otra manera se angustia y muere; si se le moja la ropa nunca se la quita, sino en el mismo cuerpo se le enjuga, y si por estar sucia la ha de lavar, sin aguardar a que se seque se la viste y él la enjuga y seca con el calor del cuerpo, sin que de nada desto se le recrezca enfermedad ni indisposición alguna; fue casado, pero nunca conoció su mujer ni durmió con ella porque era niña, y él era simplicísimo y no se le daba nada de lo que en semejantes ocasiones se suele hacer, ni lo sabía. Muriósele la mujer por un caso extraño, el cual él mismo contó aquella mañana al padre comisario, y fue que él tenía junto a México una casa-huerta en que había mucha arboleda, y en ella un albarcoque muy grande, muy hermoso y de gran copa, el cual como estuviese cargado de fruta y el Sebastián Aparicio absente, a la mujer y otras tres o cuatro doncellas que quedaron en casa se les antojó comer de la fruta de aquel albarcoque, cogida por sus manos de allá de lo alto, y así subieron todas en él, y pareciéndoles que sería bien comer allá arriba, hicieron subir una mesa y puestos en ella los manteles y la comida, al tiempo que estaban más descuidadas se desgajó el albarcoque y cayeron todas; la mujer del Aparicio cayó debajo de las otras y quedó tan quebrantada y molida que dentro de pocos días murió, las demás se metieron monjas, el Aparicio se hizo donado de nuestras monjas de Santa Clara, y al fin dejándoles la hacienda que le había quedado, se metió fraile de nuestro



hábito y servía en la Puebla de los Ángeles, como dicho es. Aquella mañana le dijo el padre comisario que por qué no se ponía unas calcillas, pues era tan viejo y hacía tan recio frío por allí, a lo cual, él, con una simplicidad extraña, respondió diciendo: “Más aveces ahora las piernas a calzas, y no habrá después quien se averigüe con ellas”.

Jueves nueve de enero, dejando en Guamantla a fray Sebastián de Aparicio, y llevando por guía a un mozo español que sabía el camino y se ofreció a guiarle hasta llegar a Zacatlán, salió el padre comisario de aquel pueblo y convento, y pasados antes que amaneciese dos pueblos de indios otomíes, llegó poco después de salido el sol a otro de los mismos indios llamado Tlaxcalla o Tlaxcaleque, sujetos a Tlaxcalla, pasó de largo y pasadas algunas barranquillas, atravesó por otro pueblo y por una estancia y casas de indios, y subida y bajada una mala cuesta, llegó a un riachuelo en cuya ribera descansó un rato, y tomada refección volvió a proseguir su viaje. Comenzó a cabo de poco trecho a ir el camino cuesta abajo, una cuesta tras otra, y otra tras otra y a meterse en una niebla tan espesa y oscura que demás del daño que hizo al padre comisario y a sus compañeros, no se vían los unos a los otros; finalmente, pasados algunos arroyos y un riachuelo, junto a una estancia le salió a recibir el guardián del convento de Zacatlán y luego allí junto salió al camino el guardián de Tezcuco, en cumplimiento de lo que el padre comisario le había escrito desde Cuernavaca, como queda dicho, y con ellos por aquellas cuestras abajo, como queda dicho, llegó a un bonito pueblo de indios mexicanos llamado Santiago, visita de Zacatlán, doce leguas de Guamantla. Era ya tan tarde y tan a deshora e iba ya tan cansado y molido de la madrugada, larga jornada, mal camino y demasiadas nieblas, que no pudo comer ni comió bocado; luego salió de allí, y llevando por todo el camino un agua muy menuda con una oscura niebla, y andadas dos leguas asimismo de cuesta abajo, llegó ya tarde al pueblo y convento de Zacatlán, donde los indios, y unos pocos de españoles que allí había, le hicieron muy buen recibimiento. El convento es de la vocación de San Pedro y San Pablo, es antiguo y está acabado, con su claustro, dormitorios y huerta, en la cual se dan y cogen muchas nueces y manzanas, y entra el agua que es menester para regarla; moraban allí tres religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente, pero no pudo en aquel tiempo ver las casas del pueblo ni aun el cielo, por la espesa y oscura niebla que hizo, la cual hace allí cuasi todo el año; la iglesia del convento no estaba acabada, había en su lugar hecha una ramada de paja. El pueblo es de mediana vecindad; metido en una hoya muy honda, danse en él muchas nueces y maravillosas manzanas que tienen fama en todo lo de México; danse también algunas castañas de España, pero chi-

cas y ruines. Las visitas de aquella guardianía son muy trabajosas y peligrosas, porque se va a ellas por sierras muy altas y ásperas en que se hallan micos, tigres, leones y otros animales. Los indios de Zacatlán y en algunas de las visitas son mexicanos, los de otras son totonacas y todos caen en el obispado de Tlaxcalla.

Sábado once de enero salió de Zacatlán el padre comisario mucho antes que amaneciese, con una luna muy clara y tiempo sereno, y así pudo ver las casas del pueblo donde se quedó la guía español, y llevando por guía al guardián de Tezcucu, pasadas muchas cuevas entre pinares con un frío muy recio, y un río que corre por una barranca y unas cenaguillas y pantanos con un arroyo, llegó aún de mañana a un poblecito de indios otomíes llamado Santa Mónica, visita de augustinos; allí se detuvo más de media hora, calentándose a la lumbre que los indios hicieron, porque iba muy necesitado, y fatigado del frío, y allí comió con sus compañeros un bocado, que de todo esto llevaban todos necesidad; luego prosiguió su viaje, y pasadas unas barranquillas y un arroyo, erró el camino por descuido de la guía, y anduvo más de una legua más de lo que era menester por no ir por el derecho; al fin echado de ver el yerro atravesó por unas sendillas hasta llegar a un pueblo que está camino real, visita del convento de Tullantzingo. Pasado éste y un río con algunos arroyuelos, llegó el padre comisario a horas de comer al pueblo y convento sobredicho de Tullantzingo, nueve leguas de Zacatlán; salióronle a recibir muchos españoles de los que allí residen, y con ellos el alcade mayor de aquella provincia, sin los indios que le hicieron particular fiesta y recibimiento. El pueblo es grande, danse en él muchas nueces, es tierra más limpia de nieblas y más clara que la de Zacatlán, y está fundado en un valle muy grande y espacioso; los indios que en el pueblo de Zacatlán y en los demás de aquella guardianía moran son mexicanos, aunque en las visitas hay algunos otomíes, y todos caen en el arzobispado de México. El convento es acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en que hay muchos nogales y se cogen muchas nueces, riégase con agua de pie que entra en ella. La vocación del convento es de San Juan Baptista, suele haber estudio de artes en él, y cuando no le hay, como entonces no le había, residen cuatro y cinco religiosos; visitóse y detúvose allí el padre comisario aquel día y el siguiente, en que predicó a los españoles.

En aquel convento está enterrado fray Hernando de Basacio, religioso francés de la provincia de Aquitania, el cual fue muy docto y de ingenio muy claro y gran lengua mexicana, en la cual escribió muchos y diversos sermones de maravillosa doctrina y con grandísima elegancia, y tradujo en ella las epístolas y evangelios de todo el año; fue de los primeros que enseñaron canto de órgano a los indios, con los cuales trabajó sin cansarse



hasta la muerte en la obra de la predicación y confesiones; fue observantísimo de su profesión y celosísimo de la virtud.

Estando el padre comisario general en Tullantzingo, le avisó fray Juan Cansino, el que, como dicho es, hacía en México el oficio de fray Pedro de Zárate (que ya era partido para España), que el virrey le mandaba ir a aquella cibdad porque como el provincial se estaba todavía en ella, había hecho entender al virrey que el padre comisario no podía detenerse en la visita más de seis meses, y que se tardaba más y que se iba despacio, dilatándola, por tenerle a él más tiempo suspenso; todo lo cual era muy al contrario, porque el durar o no durar seis meses era invención del provincial y de sus secuaces, sin ningún texto, razón ni fundamento, y en lo otro se engañaban en más de la meitad del justo precio, como dicen, pues como se ha visto, hacía la visita casi por la posta, no deteniéndose casi nada en cada convento, como queda dicho.

Lunes trece de enero salió de Tullantzingo el padre comisario muy de madrugada; halló el camino muy mojado de lo que la tarde y noche antes había llovido, que no fue poco, y como la madrugada fue grande, andadas tres leguas y media llegó antes que el sol saliese a un pueblo de aquella guardianía llamado Santa Cruz; pasó de largo, y andadas otras tres leguas y media de buen camino, llegó a horas de comer al pueblo y convento de Tepeapulco, donde fue muy solemnemente recibido y se detuvo aquel día y el siguiente. Está fundado aquel pueblo en la ladera de un cerro seco y pelado de árboles, aunque muy poblado de magueys; viene al pueblo una fuente de buena agua, es de mediana vecindad, y ellos y los demás de aquella guardianía parte son mexicanos y parte otomíes, y todos caen en el arzobispado de México. En aquella comarca hay unas dehesas y llanos en que se dan y cogen turmas de tierra, como las de España, aunque pequeñas. El convento es de mediana capacidad, está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en la cual hay algunos nogales, muchos ciruelos, manzanos y membrillos, y se dan muchos espárragos; la vocación es de nuestro padre San Francisco y residen en él cuatro frailes; visitólos el padre comisario y envió desde allí a México al guardián de Tezcuco para que hablase al virrey y le informase de la verdad cerca de lo que atrás queda dicho que le habían avisado estando en Tullantzingo.

Miércoles quince de enero salió el padre comisario ya de día de Tepeapulco, y andadas tres leguas y pasadas en ellas algunas barrancas y cuatro pueblos de indios, en todos los cuales era recibido con mucha fiesta, llegó a decir misa al pueblo y convento de Cempoala, de donde salieron los principales más de media legua a recibirle, y le ofrecieron ramilletes de flores olorosas de la tierra; después en el pueblo se le hizo muy solemne

recebimiento. El pueblo de Cempoala es de mediana vecindad, de temple más frío que caliente, los que moran en él y en toda la guardianía unos son indios mexicanos, y otros son otomíes, y todos caen en el arzobispado de México. No lejos de allí hay unas minas de plata que llaman de Pachuca, que se benefician y se saca dellas mucho metal. El convento está acabado, con su claustro, iglesia, dormitorios y huerta, en la cual hay algunos nogales y otros árboles y mucha y muy buena hortaliza, todo se riega con agua de una fuente que viene al pueblo; la vocación es de Todos los Santos, residen en él tres frailes, visitólos el padre comisario y detúvose allí aquel día y el siguiente.

Entre Tepeapulco y Cempoala, no lejos del camino, están los arcos tan nombrados de Tembleque, por los cuales pasa por una barranca muy honda el agua que va encañada desde Cempoala a Otumba. Fuelos a ver el padre comisario, y causan admiración porque son altísimos, muy bien sacados y vistosos; son tres, uno encima de otro, y así viene a estar el último muy alto, y con tener esta altura, no tiene de grueso la pared más de nueve pies; hízolos un fraile de la provincia de Castilla llamado fray Francisco Tembleque, del cual tomaron el apellido, como queda dicho. Este fraile llevó el agua sobredicha desde Cempoala a Otumba y la pasó por muchas barrancas y quebradas, haciendo en ellas arcos y puentes, pero los mayores son los que quedan allí referidos. Vendieron los de Cempoala aquel agua a los de Otumba por ciertos pesos de oro que se obligaron a darles en cada un año, y ellos se quedaron con otra tanta para su pueblo, la cual entra en él; es toda agua maravillosa.

Estando el padre comisario en aquel convento de Cempoala recibió una carta del virrey en que le mandaba ir luego a México a verse con él, diciendo que convenía así al servicio del rey, donde se verificó lo que le habían escrito a Tullantzingo, y que ya el provincial comenzaba a negociar a su gusto.

Viernes diez y siete de enero salió el padre comisario de madrugada de Cempoala, y andadas seis leguas de camino llano con un fresco que le hizo daño notable, llegó a decir misa al pueblo y convento de San Juan Teotihuacán, donde se le hizo gran fiesta y recibimiento muy solemne. El convento, aunque pequeño, está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, en la cual se dan muchas uvas, duraznos, higos, membrillos y otras frutas y hortaliza en cantidad. La vocación del convento es de San Juan Baptista; moraban en él tres religiosos, visitólos y no se detuvo con ellos sino sólo aquel día. Dentro del convento hay una fuente y manantial que echa medio buey de agua gruesa y mala de beber; tienen hecho en el nacimiento una presa y estanque grande y hondo algún tanto, en que hay mucha cantidad de peces chiquitillos y desa-

bridos que no se pueden comer ni jamás crecen, y aunque han probado a echar otros de otra casta con ellos, no permanecen, que luego se mueren; de aquella fuente y estanque sale un arroyo, el cual allí junto al convento se junta con otro y con otras muchas aguas que nacen dentro del mismo pueblo, y de todas se hace un riachuelo con que un poco más abajo muele un molino y se riegan infinidad de milpas, y últimamente entra el remanente en la laguna de México. El pueblo es de poca vecindad, fundado, como dicho es, entre muchos manantiales de agua; dentro dél hay una casa en que hacía salitre un español para hacer pólvora; los indios de aquel pueblo y de los demás de aquella guardanía son mexicanos y caen en el arzobispado de México; todos son gente muy devota en extremo de nuestro hábito y estado, como se verá por un caso que un fraile viejo, muy religioso y fidedigno, contó al padre comisario y pareció bien referirse en este lugar, el cual pasó desta manera:

Quiso la Audiencia real de México encomendar la doctrina de aquel pueblo de San Juan a religiosos de otra orden, y no obstante que los indios no gustando dello, lo pleitearon mucho tiempo, sin que jamás quisiesen ni arrostrasen a que otros frailes sino los nuestros los doctrinasen, con todo esto, vista su porfía por la Audiencia, envió un oidor para que pusiese a los dichos frailes en la posesión de la doctrina que les daban de aquel pueblo, y llegado allí y viendo que no querían los indios y que hacían alguna manera de resistencia, por amedrentarlos y ponerles temor y espanto, hizo hacer unas horcas y prender a los principales y meterlos en cadenas, y que así encadenados los llevase a las horcas con semblante y ademán de quererlos ahorcar; ellos se dejaron llevar con mucho ánimo perseverando en su propósito, y cuando llegaron cerca de las horcas, entendiendo y creyendo como hasta allí que habían creído que iba de veras y que los querían ahorcar, hincados de rodillas comenzaron a decir en voz alta aquella antífona de nuestro padre San Francisco que comienza: *Sacte Francisce prospera*, etcétera. Visto esto por el oidor y religiosos quedaron confusos y desistieron del pleito y pretensión, y así quedaron nuestros frailes en aquel pueblo y convento donde estaban cuando el padre comisario los visitó.

No lejos de aquel pueblo están dos *kúes*, que son dos cerros altos hechos a mano, donde en su gentilidad los indios hacían sus idolatrías y ofrecían sus ofrendas a sus ídolos, adoraban allí al sol y a la luna; el del sol era el más alto, y acudían a ofrecerles sacrificios de muchas partes de la Nueva España. Ya esta idolatría cesó con la predicación que se hizo en esta tierra de la fe católica, y así agora no hay otra cosa más de los dos cerros, uno mayor que otro, y alrededor dellos parecen muchos ci-



mientos y casas derribadas y vestigios y señales de otras, en que se ve que hubo allí antiguamente gran población.

[CAPÍTULO XIX]

De cómo el padre comisario volvió a México por respecto del virrey, y desde allí prosiguió la visita

Sábado diez y ocho de enero, teniendo el padre comisario general atención y respecto a la carta del virrey que había recibido en Cempoala, y que, aunque sabía poco más o menos para qué le llamaba, era bien disimular y acudir a ver lo que quería, determinó de interrumpir la visita e ir a México, y así salió de San Juan aquel mismo día muy de madrugada, y andadas tres leguas llegó a San Cristóbal Ecatepec; pasó de largo sin entrar en el convento, y andadas las otras tres leguas llegó antes de comer, bien cansado y fatigado, a Santiago Tlatilulco. Después de comer fue a hablar al virrey y estuvo con él parlando un gran rato, y habiéndole informado de la verdad y dejado al parecer satisfecho, le dijo el virrey que se diese prisa a su visita y la concluyese presto, y se fuese luego a otra provincia sin más detenerse en aquella (que era todo lo que el provincial y sus aliados pretendían y andaban negociando); el padre comisario advirtió al virrey cómo era estilo de la religión hacer capítulo, junta o congregación después de las visitas, y que siguiendo este estilo no podía dejar él de hacer algo desto en acabando la visita de aquella provincia, mayormente que el padre comisario general de Indias, que residía en corte, le mandaba tratar un negocio de aquella provincia y de las demás de la Nueva España, tocante a los estatutos generales, en el primer capítulo o congregación que hiciese, y que porque la resolución de ello había de ir al capítulo general, era necesario tratarse luego para que pudiese ir con tiempo, y así importaba mucho tenerse luego capítulo o congregación. El virrey, a quien el provincial no había dicho que impidiese congregación sino sólo el capítulo, replicó diciendo que mucho en buena hora se tuviese congregación, mas que de capítulo no se tratase, porque en ninguna manera se había de tener. Mas después que el provincial advirtió que si tenía congregación corría riesgo su oficio como si tuviese capítulo, procuró con el virrey que no dejase tener tampoco congregación, y negociólo y salió con ello, y así después escribió el virrey al padre comisario que ni tuviese capítulo ni congregación sino que